

Recordar, compartir, aprender

Valencia

Rafael Ortiz Gil, 71 años

Ana M^a Crespo Roca, 20 años

NARANJAS HELADAS

Las naranjas heladas podrían ser un postre. Pero en este caso no lo son. En esta historia, las naranjas heladas son las que se recogían del suelo de los campos. Muchas noches eso era todo lo que tenían algunas familias para cenar en el invierno de 1939, probablemente de los más duros que recordarán los que lo vivieron. El invierno del año en que acabó la guerra.

La historia de una de estas familias empieza paradójicamente, con un final: el de la Guerra Civil española, en julio de 1939. Imaginemos un barrio del extrarradio de una ciudad. Pongamos que es de Valencia, pero podría ser cualquier otra ciudad española: Madrid, Barcelona... qué importa. Un carro tirado por una mula famélica lleva los objetos de una casa. Tres generaciones de una familia, -la abuela, la madre, que está embarazada; y el niño, de tres años- vuelven a su pueblo de origen en busca de oportunidades, o de calor, pues las penalidades no son tan grandes si se pasan en casa. La causa de sus apuros es que el padre, el sustentador de la familia, acaba de ser encarcelado por republicano.

Tras el parto, la madre comienza a trabajar vendiendo pescado gracias a que una hermana suya vive cerca de donde están los pescadores, y también cuenta con la ayuda de un prestamista de la época, -que cobraba por interés un real por duro al día, mucho dinero-. Pero entonces, en 1940, algo tan sencillo como vender pescado era considerado estraperlo, y un día la Guardia Civil le confisca el pescado y le pone una multa de 1.000 pesetas, una cantidad enorme para la época, que sufragó vendiendo su máquina de coser, una máquina que le había regalado su marido para celebrar el nacimiento del primogénito.

En el año 1942 atisban la esperanza. El padre sale de la cárcel y puede empezar a trabajar, pero gana muy poco. Se le presenta la oportunidad de realizar un trabajo con el que ganaría más: trapichear con arroz, verduras, pan y harina, en los trenes, y acepta. Le sirve para salir adelante durante varios años, hasta que mejora un poco la situación del país, y ya no hay tanta escasez. En 1947 monta una carnicería, pero no va muy bien, y busca trabajo donde puede: en la construcción de una acequia, en la de un canal, como jardinero... finalmente, este hombre cae enfermo. Tiene una enfermedad coronaria.

La familia se empeña para pagar los gastos de su curación, y aunque finalmente muere, las deudas no se van. La familia vuelve a una situación como la del comienzo de la narración, varios años atrás. La madre busca trabajo, esta vez en una empresa textil valenciana. Y también el niño, que no es tan niño como al principio de la historia, pues tiene ya 14 años, que ha ido cumpliendo, jugando y yendo al colegio como deberían hacer todos los niños, pero también pasando serias dificultades por la situación de la familia, cosa que no le debería pasar a ninguno. Este chico, a pesar de las recomendaciones de un maestro, no puede ir a la universidad por falta de medios.

No obstante, cuando tiene ya 16 años, y con muchísima ilusión, se presenta a unos exámenes. Una prueba de la Escuela de Aprendices de la Unión Naval de Levante, que podría abrir una puerta a su familia. Además, tienen un as en la manga: un ingeniero conocido de su padre les promete que el chico tendría opciones de entrar en la escuela mediante aquel examen. El maestro que le prepara para el examen tiene plena confianza en él y en su capacidad para superar la prueba, que no es fácil. Hay 25 plazas para los más de 100 candidatos que se presentan. Él la realiza y con bastante éxito, pues le falta muy poco para alcanzar la puntuación requerida. Pero la puntuación no es el principal obstáculo para obtener la ansiada plaza.

El ingeniero conocido del padre de nuestro protagonista comunica a la familia que tiene un gran disgusto, porque en la escuela había aparecido un informe que dice que el padre del joven, fallecido como sabemos, había sido "un rojo peligroso". De repente, las puertas que se habían abierto se cierran de golpe. Por un simple papel oficial lleno de resentimiento. El niño comprende con esto que tiene que buscarse la vida, y no buscarse influencias ni confiar en ellas, que sólo él mismo puede abrirse camino. Esta historia es larga, pues la del



protagonista, Rafael Ortiz, ha sido una vida de muchos años de trabajo. Pero es una historia con final feliz. El joven siguió trabajando, en el extranjero y en España, y entró a estudiar en el Instituto Social, en la Escuela Industrial, donde cursó radiotecnica, y realizó trabajos diversos, que abarcaron desde la construcción hasta el comercio.

Y ahora, desde su apacible jubilación, rememora esta historia, y desde la perspectiva que dan 71 años de vida, piensa que en la vida hay que tener presente siempre la verdad. Y es optimista, pues en su opinión, “hay más personas buenas que malas, aunque éstas últimas son las que más se hacen notar”. Por último, recuerda algo que ya había salido en su historia, la importancia del trabajo personal y de la perseverancia, de la confianza en el futuro y en las propias capacidades. Ésas son para él, las mejores formas de salir adelante.